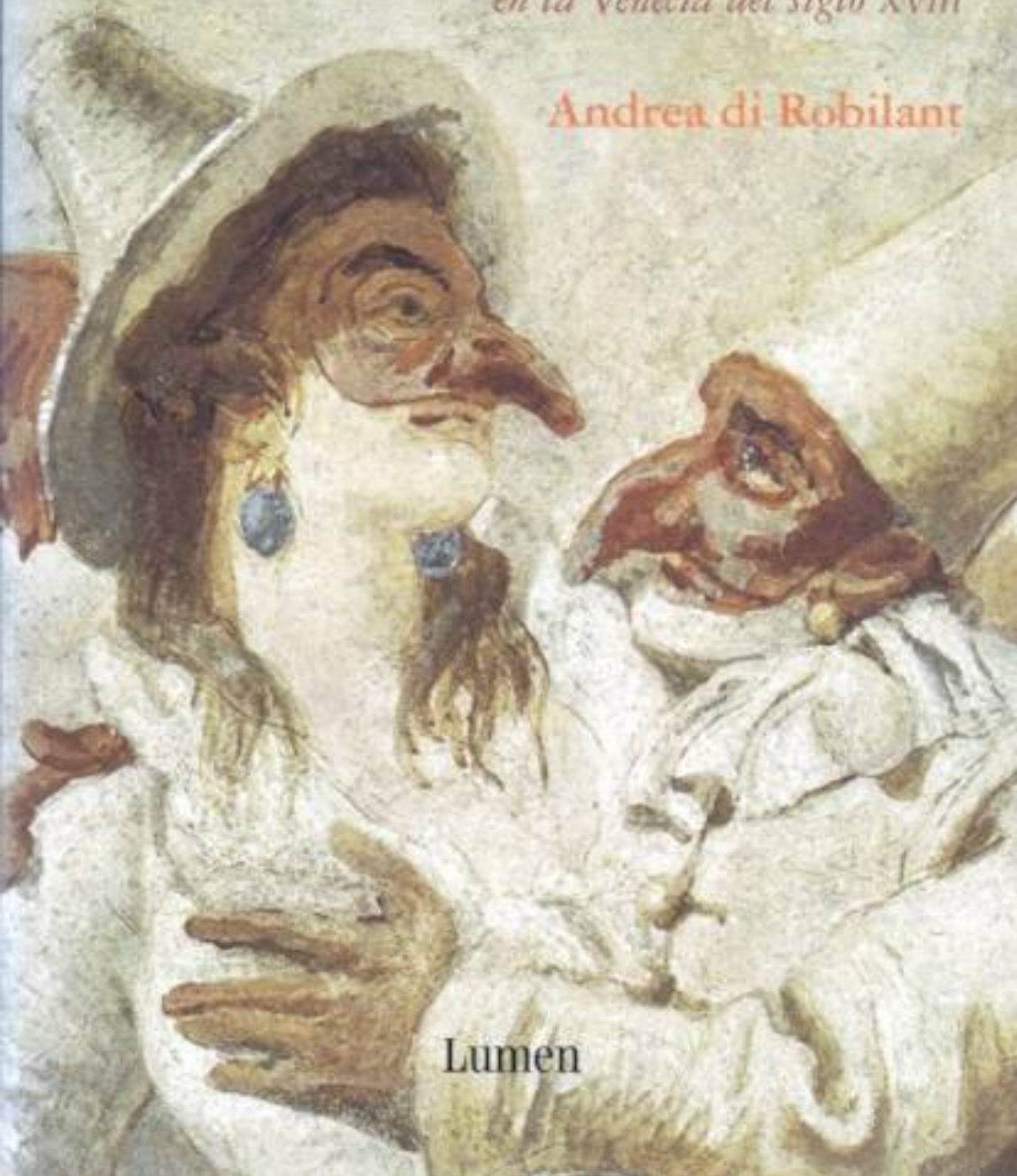


Un amor, veneciano

*La historia real de un idilio apasionado
en la Venecia del siglo XVIII*

Andrea di Robilant



Lumen

Annotation

Hace unos años, el padre de Andrea di Robilant sorprendió a sus hijos entregándoles una caja llena de viejos papeles escondidos hasta entonces en el desván de un viejo palazzo veneciano. Con cuidado, Andrea y sus hermanos fueron desplegando aquellos legajos arrugados, llenos de manchas de sebo y vino, y descubrieron que se trataba de unas cartas de amor fechadas a mediados del siglo XVIII.

Tras el entusiasmo por el excepcional hallazgo, llegó el momento de descifrar el código secreto de los amantes y de contar la historia de Andrea Memmo y Giustmiana Wynne, dos jóvenes venecianos que se habían conocido en 1753 y vivieron su amor furtivo en las grandes mansiones que se asomaban al Gran Canal. Testigos de su relación fueron los magníficos cuadros de Tiepolo, Guardi y Canaletto, mientras Goldoni y Casanova conspiraban a favor de aquella pasión prohibida.

Las habladurías finalmente obligaron a Giustmiana a dejar Venecia en 1758 y a recorrer Europa hasta llegar a Londres. Sus cartas a lo largo del viaje son un delicioso documento de época, donde el amor por Andrea se mezcla con detalles que hablan de la fealdad de las milanesas, la poca elegancia de las damas de Turín y los peinados artificiosos que estaban de moda en París.

De nuevo juntos al cabo de dos años, Giustiniana y Andrea tuvieron que ajustar cuentas con las leyes de su tiempo, pero nos queda de ellos esta magnífica historia que Di Robilant ha contado con el cariño de quien sabe que la Historia con mayúscula también se construye con la realidad minúscula de un amor apasionado.

ANDREA DI ROBILANT

Un amor veneciano

Traducción de Fernando Garí Puig

Random House Mondadori, S. L.

Sinopsis

Hace unos años, el padre de Andrea di Robilant sorprendió a sus hijos entregándoles una caja llena de viejos papeles escondidos hasta entonces en el desván de un viejo palazzo veneciano. Con cuidado, Andrea y sus hermanos fueron desplegando aquellos legajos arrugados, llenos de manchas de sebo y vino, y descubrieron que se trataba de unas cartas de amor fechadas a mediados del siglo XVIII.

Tras el entusiasmo por el excepcional hallazgo, llegó el momento de descifrar el código secreto de los amantes y de contar la historia de Andrea Memmo y Giustmiana Wynne, dos jóvenes venecianos que se habían conocido en 1753 y vivieron su amor furtivo en las grandes mansiones que se asomaban al Gran Canal. Testigos de su relación fueron los magníficos cuadros de Tiepolo, Guardi y Canaletto, mientras Goldoni y Casanova conspiraban a favor de aquella pasión prohibida.

Las habladurías finalmente obligaron a Giustmiana a dejar Venecia en 1758 y a recorrer Europa hasta llegar a Londres. Sus cartas a lo largo del viaje son un delicioso documento de época, donde el amor por Andrea se mezcla con detalles que hablan de la fealdad de las milanesas, la poca elegancia de las damas de Turín y los peinados artificiosos que estaban de moda en París.

De nuevo juntos al cabo de dos años, Giustmiana y Andrea tuvieron que ajustar cuentas con las leyes de su tiempo, pero nos queda de ellos esta magnífica historia que Di Robilant ha contado

con el cariño de quien sabe que la Historia con mayúscula también se construye con la realidad minúscula de un amor apasionado.

Título Original: *A Venetian Affair*

Traductor: Garí Puig, Fernando

©2003, di Robilant, Andrea

©2003, Random House Mondadori, S. L.

ISBN: 9788426413642

Generado con: QualityEbook v0.87

Andrea di Robilant

Un amor veneciano

TÍTULO original: A Venetian Affair

Primera edición: septiembre, 2003

© 2003, Andrea di Robilant

© 2003, Random House Mondadori, S. L.

© 2003, Fernando Garí Puig, por la traducción

ISBN: 84-264-1364-1

En memoria de mi padre, Alvise di Robilant

Prólogo

HACE algunos años, mi padre llegó a casa con una caja llena de viejas cartas que el tiempo y la humedad habían convertido en un lío de papeles apenas legibles. Anunció que los había recuperado en el desván del viejo palazzo familiar, en el Gran Canal, donde había vivido de niño, en los años veinte. Mi padre nos había deslumbrado infinidad de veces a mis hermanos y a mí con historias de su mágica infancia: paseos en góndola, meriendas infantiles y comidas campestres en el Lido; como trasfondo, los adultos siempre parecían estar bebiendo champán y dando elegantes fiestas. Igualmente evocador para nosotros, aunque más melancólico, era su relato de cómo la vida caprichosa y llena de lujos de mis abuelos comenzó a dar señales de que llegaba a su fin. A comienzos de la década de los treinta, las visitas de los marchantes de arte se hicieron cada vez más frecuentes; en las paredes empezaron a aparecer grandes espacios vacíos; se llevaron los muebles antiguos; incluso las viejas banderas y las oxidadas espadas que nuestros fieros antepasados habían arrebatado al odiado turco fueron vendidas en subasta. Al final, mi manirroto abuelo vendió el palazzo planta por planta, cortando los vínculos de la familia con Venecia y dejando a mi padre tan desprovisto de todo que añoró su herencia veneciana toda la vida. Nunca volvió a vivir en la ciudad, pero incluso siendo anciano siguió con sus nostálgicos peregrinajes a los lugares de su infancia, especialmente a la grande y antigua casa donde, a pesar de que hacía tiempo que no nos pertenecía, la familia seguía guardando algunas viejas cajas y baúles.

De hecho, la familia Di Robilant es de origen piamontés. El vínculo veneciano se estableció al final del siglo XIX, cuando Edmondo di Robilant, mi muy alto y austero bis-

abuelo de Turin, se casó con mi bisabuela, Valentina Mocenigo, una formidable gran dama veneciana de espléndidos y negros ojos y muy afilada lengua. Los Mocenigo eran una de las más antiguas e importantes familias de Venecia: «Dieron siete dux a la ciudad», no dejaba de repetir mi padre cuando éramos niños. Naturalmente, los días gloriosos de la República Veneciana hacía tiempo que habían quedado atrás cuando mis bisabuelos se casaron; pero los últimos Mocenigo todavía poseían palacios, hermosos cuadros y dinero. Así pues, los Di Robilant más menesterosos se trasladaron a Venecia tras la Primera Guerra Mundial y no tardaron en dar buena cuenta de lo que quedaba de la fortuna de los Mocenigo.

Mi padre, que había crecido rodeado del menguante esplendor del palazzo Mocenigo, acabó admirando más su ascendencia veneciana que la piemontesa. Para él, la caja con las cartas era un pequeño tesoro que había recuperado milagrosamente de su pasado veneciano. Y recuerdo bien la mirada de alegre expectación que mostraba su rostro cuando llegó a nuestra casa de Toscana y dejó la caja en la mesa del comedor para que toda la familia la viera.

Las cartas estaban muy arrugadas y tenían manchas de sebo y de vino. Aquello me resultaba fascinante. No eran los habituales inventarios domésticos que de vez en cuando aparecían, como restos familiares e inútiles en algún olvidado rincón del palazzo de Venecia. Con cuidado las abrimos de una en una y descubrimos que se trataba de íntimas cartas de amor fechadas en 1750. Algunas páginas estaban llenas de enigmáticos jeroglíficos que añadieron misterio al hallazgo paterno. Nos pasamos todo un lluvioso fin de semana descifrando la extraña clave, intentando hallar algún significado en los primeros fragmentos que fuimos capaces de leer. Recuerdo que estábamos fatigados de ahondar en secretos enterrados hacía tanto tiempo. Sin embargo, seguimos trabajando porque su hechizo era irresistible.

Al final de aquel largo fin de semana regresé a Roma, donde por aquel entonces trabajaba de periodista, mientras mi padre se encargaba de la tarea de descifrar y transcribir el arcano del centenar de cartas en su poder. Lo que finalmente surgió de aquella ardua labor fue la increíble historia de amor de nuestro antecesor, Andrea Memmo, vástago de una de las más antiguas familias de Venecia, con Giustiniana Wynne, una brillante y hermosa joven angloveneciana de origen ilegítimo. Las cartas revelaban una profunda y romántica pasión que contrastaba con el ligero galanteo que uno cree típico de finales del siglo XVIII. También era, y muy claramente, una relación clandestina: aquellos curiosos puntos, círculos y pequeñas figuras geométricas garabateadas en las páginas eran el testimonio gráfico del miedo que los dos amantes tuvieron que sentir a que sus cartas cayeran en manos equivocadas.

Cuando mi padre comenzó a ahondar en la historia de Andrea y Giustiniana no tardó en hallar rastros de su relación en los archivos públicos de Venecia, Padua e incluso París y Londres. Resultó que algunos estudiosos del siglo XVIII habían tenido conocimiento de ella a través de los escritos de Giacomo Casa— nova, que había sido íntimo amigo tanto de Andrea cómo de Giustiniana. A comienzos del siglo pasado, Gustav Gugitz, el eminente estudioso de Casanova, identificó a la mademoiselle XCV que destaca en las *Memorias* de Casanova como Giustiniana. Luego, en los años veinte, Bruno Brunelli, un historiador especialista en teatro veneciano, halló dos pequeños ejemplares de copias manuscritas de las cartas de Giustiniana a Andrea en los archivos de Padua. Escribió un libro basado en dichas cartas, y en la introducción se lamentó del hecho de no haber encontrado también las de Andrea. Se consoló con la idea de que difícilmente habrían sido tan «absorbentes como las de Giustiniana», y dijo que, a juzgar por la correspondencia de la joven, «no parecía que Andrea hubiera tenido el temperamento de un gran amante». Otros especialistas en Ca-

sanova también se sintieron atraídos por Andrea y Giustiniana. Muchos rebuscaron en vano en viejas librerías y anticuarios con la esperanza de dar con las cartas de Andrea. El hallazgo con el que mi padre tropezó mientras husmeaba en el desván del palazzo Mocenigo resultó ser la parte que faltaba de la historia, la otra voz. No se trataba desde luego de la totalidad de las cartas de Andrea. Algunas habían sido quemadas y sin duda muchas otras se habían podrido en el olvido. Pero las que teníamos eran lo bastante jugosas para proporcionar una visión global de la historia de amor, y también para demostrar que las teorías de Brunelli acerca del escaso temperamento de Andrea eran falsas.

Una vez mi padre hubo finalizado la transcripción de las cartas, intentó publicarlas. El tiempo pasó, y yo me pregunté si alguna vez llegaría a culminar su proyecto. Mi padre carecía de la predisposición natural para completar un libro. Su talento verdadero residía en contar bien una historia. A lo largo de los años le oí hablar una y otra vez de Andrea y Giustiniana a medida que iba puliendo su historia y la convertía en una perfecta pieza de conversación. Con cuánta viveza vuelve a mí su imagen, con una copa de vino en la mano, agasajando a sus invitados a cenar con un nuevo y elegante relato de lo que se había convertido en su amor veneciano. Veneraba a Andrea, que acabó convirtiéndose en el último de los estadistas venecianos, y, como amante de las mujeres que era, adoraba a Giustiniana por su carácter y viva inteligencia. Mi padre se ponía de su parte con verdadero cariño aun cuando explicaba a sus oyentes, que quizá no estaban suficientemente versados en las costumbres y leyes venecianas, que se había tratado de un *amore impossibile*, pues era impensable que en aquella época un prominente miembro de la élite dirigente como Andrea se casara con una muchacha de linaje manchado como el de Giustiniana. Esta había nacido fuera del matrimonio; los antecedentes de su madre resultaban, como poco, dudosos, y su padre era un oscuro baroncillo inglés y, además, pro-

testante. Mi padre solía explicar que por esos motivos se veían en secreto y a menudo se escribían utilizando su extraño alfabeto; dicho lo cual, emocionaba a sus oyentes al escribir unas cuantas palabras en el código privado de Andrea y Giustiniana.

Al final, sus preciadas cartas se convirtieron por encima de cualquier otra cosa en la excusa de mi padre para divagar acerca de sus héroes y de la ciudad a la que tanto amaba. Y quizá habría seguido así de no haber dado los acontecimientos un triste e inesperado giro. En enero de 1997, un intruso penetró en el piso de mi padre en Florencia y lo apaleó hasta matarlo. Fue un acto sin sentido e incomprensible, un violento final para un hombre educado y amante de la vida. Tras el funeral, mis hermanos y yo permanecemos en Florencia durante una semana en un vano intento de ser de alguna ayuda en la investigación. Durante aquellos difíciles días, la historia de Andrea y Giustiniana no pudo estar más lejos de mis pensamientos; al menos, hasta que apareció en los periódicos locales. La policía había hallado el ordenador portátil de mi padre, abierto en la mesa del despacho. El asesino había destrozado la pantalla con el mismo objeto punzante con el que había matado a mi padre. En consecuencia, el portátil y los disquetes con la transcripción de las cartas habían sido requisados como elementos de prueba por los carabinieri, que a su vez habían filtrado a la prensa que se ocupaba del caso la información sobre Andrea y Giustiniana. En un giro todavía más extraño, la policía envió agentes a Venecia para investigar posibles pistas.

La investigación del asesinato no condujo a ninguna parte y, dos años más tarde, fue abandonada. Las pertenencias de mi padre, incluidas las cartas originales de Andrea, los disquetes con las transcripciones y las notas de descifrado nos fueron devueltas. Por aquel entonces, yo me había mudado a Washington como corresponsal del diario *La Stampa*, pero me prometí que haría todo lo posible para

llevar a término el proyecto de mi padre de publicar las cartas una vez mi estancia en Estados Unidos hubiera concluido. Mi determinación se vio reforzada cuando hallé otro legajo de cartas de Giustiniana a Andrea en una biblioteca a poca distancia de mi oficina de corresponsal extranjero.

James Rives Childs era un diplomático y erudito norteamericano que, como resultado de sus estudios sobre Casanova, había desarrollado cierta pasión por Giustiniana. A principios de los años cincuenta se encontraba en Venecia, buscando cualquier inesperado y pequeño capricho que pudiera enriquecer su colección casanoviana, y descubrió un pequeño volumen con cincuenta y cuatro cartas de Giustiniana a Andrea, lo cual añadió otro nuevo capítulo a la fascinante historia de amor de ambos. Nunca llegó a publicarlas, excepto algunos fragmentos aparecidos en *Casanova Gleanings*. El embajador Childs murió en 1988 y legó su colección —que incluía las cartas de Giustiniana— a su alma máter, al Randolph Macon College, de Ashland, Virginia, situado apenas a dos horas en coche de Washington. Esa zona de Virginia ya me resultaba bastante conocida. El embajador Childs era originario de Lynchburg —una coincidencia que hubiera deleitado a mi padre—, el mismo lugar donde nació y creció mi madre (que incluso fue al Randolph Macon

Women's College). Así pues, la búsqueda que para mí había comenzado años atrás con las cartas halladas por mi padre en el desván de su casa natal en Venecia, acabó extrañamente a pocos kilómetros del lugar de nacimiento de mi madre, en Estados Unidos.

Los primeros años de la segunda mitad del siglo XVIII —el período en el que Andrea y Giustiniana se conocieron— fueron una época especialmente emocionante en el largo declinar de Venecia. La milenaria república se hallaba a cincuenta años de su desaparición definitiva ante los ejércitos invasores de Napoleón. Las señales de declive eran evi-

dentés desde hacía tiempo, y no había veneciano razonable que creyera que la Serenísima, el nombre con que se denominaba a la república desde hacía siglos, pudiera recuperar el lugar preponderante que en otro tiempo había ocupado entre las naciones más poderosas del planeta. A pesar de todo, Venecia no parecía una civilización que estuviera exhalando su último aliento. Al contrario, vivía una vibrante y a veces confiada vejez. La economía era pujante. Las calles estaban atestadas, y los comercios llenos de especias, joyas, lujosas telas y mercancías. En tierra firme, la agricultura y la ganadería habían sufrido un cambio revolucionario, y los adinerados venecianos habían construido lujosas mansiones en sus propiedades campestres. La población iba en aumento y Venecia, con sus ciento cuarenta mil habitantes, era una de las ciudades más populosas de Europa. Un experimentado y conservador gobierno, compuesto por una intrincada maraña de consejos y comisiones de las familias más poderosas, gobernaba la comunidad de un modo que había cambiado poco con los años. Los dirigentes formaban una casta exclusiva cuyo símbolo era el *Libro Dorado*, el registro oficial del patriciado veneciano. Su obstinada negativa a renovar la sangre de sus filas, acompañada de una arraigada resistencia a cambiar tras una historia tan larga y gloriosa, la estaba debilitando. A pesar de todo, como ha observado un historiador: «El futuro de aquel Estado, fundado en una inteligente forma de paternalismo, parecía asegurado».

Los años centrales de aquel siglo también fueron testigos de un extraordinario florecimiento de las artes, una especie de renacimiento que no corresponde con la imagen de una civilización moribunda. De hecho, fue el postrer estallido del genio creador de Venecia. Y menuda fiesta fue: Tiepolo trabajaba en sus celestiales frescos de Ca' Rezzonico; Goldoni escribía sus grandes comedias; Galuppi llenaba el ambiente con su alegre música... Nunca había habido tantas diversiones y distracciones en la ciudad. Uno se ima-

gina el interminable carnaval, los lujosos bailes y los teatros rebosantes de ruidosos espectadores. La escena florecía: en 1750 había siete grandes teatros funcionando y todos se llenaban todas las noches. Sin embargo, el lugar de encuentro más popular era el Ridotto, el casino público famoso de una punta a otra de Europa. Los venecianos eran presa de una pasión general por las apuestas; estaban concretamente enganchados a un juego de cartas llamado «faro» que se jugaba entre la banca y uno o más apostadores, al estilo del bacarrá («faro» significaba «faraón», que era el naipe de más valor). En el Ridotto había varias salas de juego, con no menos de ochenta mesas en total, que se abrían al largo vestíbulo iluminado con velas —la Sala lunga—, donde una ecléctica multitud de hombres y mujeres enmascarados se entremezclaba y cuchicheaba acerca de quién estaba acumulando monedas o deudas aquella noche.

Las máscaras, puede que más que cualquier otra cosa, eran el símbolo de aquellos frívolos y despreocupados días. Se habían convertido en parte integral del atuendo, al igual que las pelucas, los abanicos y los lunares decorativos, y se presentaban en dos estilos: el más informal, que solo cubría los ojos; y la máscara «encapuchada», o dominó, que cubría toda la cabeza hasta los hombros. Los venecianos estaban autorizados a llevar máscara en público desde octubre hasta Cuaresma con excepción de la novena —los nueve días previos a Navidad—, y todo el mundo usaba una, desde el dux hasta las verduleras del mercado. Era una costumbre que ponía un poco de misterio e intriga en la vida cotidiana.

La guerra de los Siete Años (de 1756 a 1763) entre las principales potencias europeas no tardaría en ensombrecer los espíritus y cambiar el ambiente de la ciudad. La República de Venecia, neutral durante el conflicto que puso punto final al expansionismo francés y marcó el ascenso de Gran Bretaña como potencia dominante, no tardaría en verse aislada, a la deriva y finalmente extraviada al final de la